

PRENSA:

MINISTROS DE CINCO ESTRELLAS

Ni la sequía se ha terminado ni la democracia ha llegado. Nadie ha pronunciado oficialmente todavía la palabra *democracia* y no han caído más que cuatro gotas, pero todos se hacen la ilusión de que ha comenzado el ensayo general del futuro con vestuario de Victoria Vera, que se llama como la Kent pero que no necesita en lo más mínimo el cold cream de doña Celia Gámez.

De ilusión se vive. De que el tediario de las tres abra muy francesamente con las consultas del presidente para formar gobierno. De que los periódicos publiquen las listas de ministrables, todas las listas. Vivimos de listas y tan alta lista espero que muero porque no voto... ¡La gallina de

Tarragona (no don Eduardo, sino la ciudad)!

Si la democracia es que los periódicos traigan la lista de posibles ministros (en vez de traerla el ordenanza con el cafelito de media mañana y el crucigrama de Cova en «ABC», como toda la vida), ya tenemos democracia. Democracia a punta de palas ateneas dirigidas por Carmen Llorca.

Una lista para cada periódico y cada periódico con su lista; ésta ha sido la ilusión que nos ha hecho vivir la democracia o la democracia que nos ha hecho vivir la ilusión. La lista del «Pueblo» y la lista del «ABC», la lista de «El Correo Catalán» y la lista de Colpisa para «El Norte de Castilla» y para el «Diario de Cádiz». La Prensa empezó hace años en este país a suplir la inexistencia de partidos y de Parlamento; vamos avanzando. Ahora la Prensa ha empezado a suplir a la Rank Xerox, y dentro de poco mandarán las fotocopiadoras a una residencia de la Costa del Sol para que se



hagan ricas, como un ex-ministro cualquiera.

Igual que antes daban el premio «Balmes» a los directores de periódico que mejor le ponían música celestial de editoriales a las consignas que don Juan Aparicio daba por el cordón umbilical y totalitario del teletipo azul, con receta del doctor Goebbels, ahora el premio «Balmes» lo va a

tener que dar el Patronato de Apuestas Mutuas Deportivo - Benéficas a los que más ministros acierten en las listas previas a la crisis. Porque esta es otra: ya se puede decir *crisis*, se puede escribir la palabra *crisis* cuando calienta acero el motorista de la muerte. Vamos avanzando dentro de un respeto y una cosa que es una cosa mala.

Esta vez cobrarán los directores de diecinueve aciertos y los de dieciocho. La designación de Alfonso Osorio para Presidencia y el suceso de que a Planificación del Desarrollo le quitaran la cartera cuando viajaba en los metros proyectados en el IV Plan han sido la X y el 2 de esta quiniela. Así que los de dieciocho no cobran. Los que van a cobrar son esos que sabemos, como se pasen un tanto así.

La democracia es urnas, pero por ahora es sólo lista. Con las quinielas o con la Guía Michelin, porque la lista del «Nuevo Diario» parecía que la había hecho un ex-director general de Empresas y Actividades Turísticas: ministros de tres estrellas, ministros de dos estrellas... Fueron realmente parcos a la hora de conceder estrellas, pero eso está bien: habremos de publicar muchas listas y de poner muchas veces en primera a cinco columnas la palabra *crisis* antes de que podamos meter en la relación a un ministrable de cinco estrellas - gran lujo, un Ritz de la caduca partitocracia o un Meliá Don Pepe de la soberanía del pueblo y del alcázar. Porque hoy por hoy, ponerle a un ministrable una sola estrella —aunque sea de cuatro puntas— es reducirlo a la categoría de Fonda El Peine. Sabíamos que esto era una parada. Pero no una fonda. ■ BURGOS.

LAS NIEVES DE ANTAÑO

«**M**AIS où sont les neiges d'antan?», se preguntaba François de Villon. Están sin duda en el cabello de Areilza. En la palabra atropellada de Fraga. Los hombres de antaño son las promesas de hoguño. Extraño país donde el porvenir se saca siempre del pasado, como los conejos apollillados salen sempiternamente del sombrero de copa del prestidigitador. Pero, ¿quién es, aquí, el prestidigitador? Ya no tiene nombre ni rostro. Se convierte en pasado lejano lo de ayer mismo —cada uno le dá su rostro: para mí el de esa época será siempre el rostro de buho deslumbrado de León Herrera mascullando palabras ante la inmóvil, resignada cámara de televisión: tiempo de torpeza— y en porvenir risueño lo de antes de ayer. lo de hace un siglo.

¿Vino viejo en odres nuevos? ¿Vino nuevo en odres viejos? ¿Vino y odres viejos? Se retuerce la paremiología en busca de algo. Se escuchan las palabras de los antiguos nuevos, de los nuevos antiguos. Son prudentes y lentas. Son promesas de poco a poco. Piensa uno —en su ignorancia— si se estarán dando bien cuenta de que el tiempo no es suyo. Piensa uno si habrán aprendido mal la lección de Franco a quien estuvieron siempre vocados: el tiempo jugaba siempre a favor de Franco, y cuanto más se pasase, más dueño y más seguro era él. Si piensan seguir esa lección, están perdidos. Porque no son, claro, Franco —por muy impregnados que estén— ni el tiempo es ya el mismo tiempo. El tiempo es ahora de los otros: de la oposición de la derecha, de la extrema derecha. Si consiguen imponerles su ritmo, les habrán devorado. Cuidado con el poco a poco, cuidado con la cautela. Ya no se trata de permanecer, sino de hacer.

Pero me sorprende aquí, de pronto, haciendo de consejero de gobierno. De Maquiavelo de bolsillo.

Cuando en realidad lo único que necesito yo es que el gobierno no me aconseje a mí, o no me dicte. Cuando lo que quisiera es serle solamente indiferente a Don Adolfo Martín Gamero, sentado ahora en la poltrona fulminadora que fue de Sánchez Bella, que fue de Llánan y fue de León Herrera, nombres más bien estremecedores para esta malhadada profesión, pero que fue también la de Pío Cabanillas. ¡Y que fue la de Fraga, dueño ahora de las armas y bagajes con que se ha de contener el orden público! Pero qué es el orden público? Simplemente, ¿qué es el orden? ¿Una abstracción numérica que cuenta primeros, segundos, terceros... infinitos? ¿O puede haber otro sentido del orden, puede ser no ya que los últimos sean evangélicamente primeros, sino un nuevo concepto de la numeración de los ciudadanos del país? ¿Será Fraga el Príncipe Poniatowski de este país?

Con todo este frío de las nieves de antaño es posible, sin embargo, pensar que es un gobierno posibilista, que cualquier otro quizá lo hubiese sido menos; que si hay nombres que escalofrían —ah, Solís, que no ha sabido negarse al sacrificio pensando en los trabajadores españoles que ¡le necesitan!— hay otros que tranquilizan. Sobre todo a los que estaban decididos ya a tranquilizarse. Da miedo pensar que tienen en sus manos la gran ocasión. O quizá no la tienen. Da miedo pensar que es ahora cuando puede empezar a dibujarse tenuamente el verdadero futuro. Y que quizá lo puedan perder con sus poco a poco, con sus prudencias, con sus compromisos.

Uno quisiera ayudarles a que fueran lo que tendrían que ser. Pero quizá no pueden; quizá no tengan esa esencia. ■ POZUELO

ME IMPORTA UN HUEVO

Cañaveral, abajo firmante, en la edad de treinta, casado, con dos hijos, de profesión lo que puede, comparece con todo morado y como mejor proceda expone: que le importa un huevo. Que empezó a leer periódicos a los diez años. Que se va a morir del corazón de los cabreos y de las vergüenzas que le tienen dadas, aunque no se ha dejado dar por las vergüenzas pese a los intentos. Que ya está bien. Que por él como si se la machacan. Que no pretende conseguir una licencia de importación de esposas con pinchos quemantes. Que se caga en el padre de los

el tablao

que importan y utilizan y consienten pinchos quemantes.

Por todo lo cual, Cañaveral, abajo firmante, en la edad de treinta, etcétera, no suplica, porque no le da la gana suplicar, sino que sencillamente dice: que él también es de aquí aunque parezca mentira. Que todos los otros también son de aquí. Que ya está bien. Que hasta aquí habremos llegado, pero que para allá, como no nos lleven van de ala. Que no conoce a ninguno de las fotografías. Que no, que no, que por más que le insistan no conoce a ninguno. Que a los de las otras fotografías que salen en el periódico tampoco los conoce, aunque le dé pitillos el que hace de bueno. Que le da igual. Que de todas maneras a sus hijos también los están empezando a torrear. Que va a hacer de novillo su santísima madre.

Cañaveral, abajo, etcétera, otrosí dice: que no traga. Que el primero que trague, marica. Que dónde están los de ayer. Que dónde están los de ayer que se hacen de mañana. Que dónde están el que hace de bueno y el que hace de malo. Que si cobran en otra ventanilla. Que si alguien conoce al de los pinchos quemantes y que si no que pongan el «Wanted». Que no le cuenten historias porque le importa un huevo, extremo en el cual insiste. Que a ver si se lo publican, porque si no revienta. ■ **CANAVERAL.**



el hecho de que a algunos los rumores no nos entretienen nada. Yo no le he pedido una lista a nadie.

Pero no se trata de un caso meramente individual. Me da a mí la sensación de que esta vez los rumores no interesaban ni al Tato. Y que no han nacido en la calle. Han pasado días y días de inapetencia social de rumor. Alguien se ha preocupado, y con toda prisa —muy poco antes del desenlace— comenzaron a correr unas listas que acariciaban manos cansadas. El rumor es a la política como el onanismo al erotismo. Ya lo decía el tango: «unos se embriagan con vino, otros se embriagan con besos... yo como no tengo amoos...»

Cuando alguien dice «los españoles se distraen» y sonríe con indulgencia, se produce un fenómeno perfectamente analizable de orden psicológico - adrenalínico: unos calambres, una réplica inexistente, una mudez, una risa sardónica, un tartamudeo, una expresión sorda al fin emitida, como un gruñido. Los españoles. Se distraen. A mí me parece bien. Se aburriría la gente. La gente. La gente. Se aburriría. Los españoles se aburrirían. Los españoles se distraen. A mí me parece bien.

¿Qué decir? ¿Cómo serenar el ánimo y encontrar las palabras posibles? ¿Cómo huir de la copla y la broma sutil de las que estamos tan aburridos como de los

rumores? ¿Cómo explicar que no, que no, que no, que ni muchísimo menos, que ni hablar, que en absoluto, que se trata de un error, que se trata de una imprecisión, que se trata de una errónea apreciación? ¿Cómo disolver palabras en el agua sin que parezca que se trata de azucarillo para después del chocolate? ¿Cómo aclarar que el chocolate de antes del azucarillo no es el chocolate del loro?

Los españoles. Cómo llegaron a serlo. Cómo llegaron a estarlo. La España de rumor y pandereta. Si es posible: un respeto. ■ **RECOLETOS.**

LA BALADA FERROVIARIA DE VICTORIA ARMESTO

Victoria Armesto, escritora y cónyuge de Augusto Assía, escribió el día nueve un artículo titulado «En la estación de Chamartín». Es un artículo tan simpático, que no me resisto a comentarlo. Ella iba a Bilbao y le sorprendió el frío de la estación. ¿El frío habitual de la meseta? ¿El frío guadrarrameño? No, señor. «Era un frío siberiano». Ahí empieza la escritora a preparar su ripio intelectual. Pausa costumbrista. Rodeo sentimental. «Yo tengo un gran afecto a los mozos de estación.» Son «buenas personas». La escritora lamenta que pasen frío. Se repone. «Una vez instalada en mi cabina del coche-cama...» Abre un libro: «Escritos sobre democracia y socialismo», de Fernando de los Ríos. Y... «de pronto, me sorprendió un murmullo intenso, un estremecimiento u oleaje de multitud.»

LA DISTRACCION DE LOS ESPAÑOLES

Declaraciones de Solís en el interín de ser ministro y volver a ser ministro: «Si no hubiera rumores, se aburriría mucho la gente. El rumor es una distracción; los españoles se distraen y a mí me parece bien». No es mala teoría, no. Pero hay un pequeño fallo en

